

Christa Wolf

*La ciudad de Los Ángeles  
o El abrigo del Dr. Freud*

Traducido del alemán por Carmen Gauger

Alianza Editorial

Título original: *Stadt der Engel oder The Overcoat of Dr. Freud*



La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe Institut, financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania

*Reservados todos los derechos.*

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Subrkamp Verlag Berlin, 2010

© de la traducción: Carmen Gauger, 2012

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-206-3686-9

Depósito legal: M. 46.421-2011

Composición: Grupo Anaya

Impreso en Efca, S. A.

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

Todas las figuras de este libro, a excepción de los personajes históricos citados por sus nombres, son invento de la narradora. Ninguna es idéntica a una persona viva o muerta. Los episodios descritos no coinciden tampoco con hechos reales.



Así, los recuerdos verídicos  
tienen que proceder mucho menos informando  
que designando con exactitud el lugar  
en el que el indagador logró hacerse con ellos.

WALTER BENJAMIN  
*Ausgraben und Erinnern*  
[Desenterrar y recordar]



La consistencia real de la vida vivida  
no la puede reproducir ningún escritor.

E. L. DOCTOROW

CAER DEL CIELO

ésa fue la frase que me pasó por la cabeza cuando aterricé en L.A., y los «pasajeros» del jet, agradecidos, dieron un aplauso al piloto que había dirigido el avión por encima del océano, había tomado la ruta del Nuevo Mundo y, después de dar vueltas largo tiempo sobre las luces de la inmensa ciudad, acababa de tomar tierra con suavidad. Aún recuerdo que me propuse utilizar esa frase más tarde, cuando escribiera sobre el aterrizaje y sobre la estancia en la costa desconocida que tenía delante: ahora. No podía imaginar que durante tantos años intentaría asiduamente acercarme de modo adecuado a las frases que habrían de seguir a esa primera frase. Me propuse dejármelo todo bien grabado en la memoria, cada detalle, para más tarde. Cómo mi pasaporte azul causó cierta sensación en el pelirrojo y atlético officer que controlaba minuciosa y estrictamente los papeles de los viajeros; lo hojeó mucho tiempo, examinó los visados uno por uno, se concentró después en la carta de invitación, varias veces legalizada, del CENTER bajo cuya tutela pasaría yo los meses siguientes, finalmente posó en mí la mirada de sus ojos entre azules y verdes: Germany? — Yes. East Germany. — Dar informaciones más amplias me habría resultado difícil, también por el idioma, pero el funcionario se asesoró por teléfono. Esa escena me resultó familiar, conocía bien aquella tensa expectación y después la sensación de alivio cuando él, como la respuesta a su consulta había sido sin duda satisfactoria, selló finalmente el visado y me devolvió el pasaporte por encima del mostrador con su mano cubierta

de pecas: Are you sure this country does exist? — Yes, I am, respondí lacónicamente, todavía lo recuerdo, aunque la respuesta correcta debería haber sido «no», y, mientras esperaba largo tiempo el equipaje, me preguntaba si había valido realmente la pena viajar a Estados Unidos con el pasaporte aún válido de un Estado que ya no existía, sólo para irritar a un joven y pelirrojo funcionario de fronteras. Era una de las reacciones de rebeldía de las que yo aún era capaz en aquel entonces y que, caigo ahora en la cuenta, se vuelven más raras en la vejez. Ya está sobre el papel la palabra, adecuadamente incidental, la palabra cuya sombra me rozó entonces, hace más de una década y media, pero entretanto se ha condensado hasta tal punto que, eso me temo, podría volverse impenetrable antes de que yo cumpla la obligación que me impone mi oficio. Es decir, antes de haber descrito cómo cogí con esfuerzo mi equipaje de la cinta transportadora, cómo lo puse en uno de los enormes carritos y en medio de la desconcertante masa de gente me dirigí a la EXIT. Cómo, apenas haber puesto el pie en el hall de salida, sucedió lo que, según todas las insistentes advertencias de los viajeros con experiencia, yo no habría debido permitir que sucediera, un gigantesco hombre negro se acercó a mí: Want a car, madam?, y yo, persona inexperta y de reflejos, asentí, en lugar de declinar de modo terminante como me habían encarecido. El hombre ya había agarrado el carrito y se había puesto en marcha con él: para nunca más volver, anunció mi sistema de alarma. Le seguí lo más deprisa que pude, y allí estaba, en efecto, al borde de la carretera de acceso por la que, pegados unos a otros, con las luces de posición encendidas, avanzaban despacio los taxis. Cobró el dólar que le correspondía y me pasó

---

\* ¿Está segura de que este país existe?

a un compañero, negro también, cuyo oficio consistía en llamar por señas a los taxis. El hombre hizo su trabajo, paró el taxi más próximo, ayudó a acomodar mi equipaje, recibió asimismo un dólar y me dejó en manos del chófer bajito, delgado y ágil, un portorriqueño cuyo inglés yo no entendía pero que escuchaba de buen grado y con máxima atención mi inglés y, después de haber leído despacio el membrete de la carta con mi futura dirección, parecía saber adónde tenía que llevarme. Fue entonces, al arrancar el taxi, lo recuerdo, cuando noté el suave aire nocturno, la brisa del sur, que ya conocía por otra costa muy distinta donde me envolvió por primera vez, como un paño grueso y cálido, en Varna, en el aeropuerto. El mar Negro, su oscuridad aterciopelada, el perfume intenso y dulce de sus jardines.

Hoy todavía me veo en ese taxi junto al que pasaban velozmente, a derecha e izquierda, hileras de luces, a veces como detenidas formando trazos de escritura, marcas mundialmente conocidas, paneles publicitarios de supermercados, discotecas y restaurantes en colores llamativos que iluminaban el cielo nocturno. Una palabra como «ordenado» estaba allí fuera de lugar, en esa carretera litoral, tal vez en ese continente. Muy leve, reprimida otra vez al momento, surgió la pregunta de qué se me había perdido a mí allí, pero justo con la suficiente intensidad para que yo la reconociera cuando se presentó, ya con más insistencia, la segunda vez. De todos modos, como si fuera razón suficiente, se deslizaban a los lados los escamosos troncos de palmeras. Olor a gasolina, a gases de escape. Un largo trayecto.

Santa Monica, madam? — Yes. — Second Street, madam? — Right. — MS. VICTORIA? — Yes. — Here we are.

Por primera vez el rótulo metálico, sujeto a la reja de hierro, iluminado: HOTEL MS. VICTORIA OLD WORLD CHARM. Todo en

silencio. Todas las ventanas oscuras. Era poco antes de medianoche. El taxista me ayudó a llevar el equipaje. Un jardín delantero, un camino enlosado, el perfume de flores desconocidas que parecían evaporarse por la noche, el pálido brillo de una lámpara que se balanceaba suavemente sobre la puerta de entrada, un panel de conjuntores, metido detrás de él un papel con mi nombre. Welcome, leí: la puerta estaba abierta, que entrase, sobre la mesa del hall estaba la llave de mi apartamento, second floor, room number seventeen, the manager of MS. VICTORIA wishes you a wonderful night\*.

¿Estaba soñando? Pero, al contrario que en los sueños, no me extravié, encontré la llave, utilicé la escalera correcta, la llave encajaba en la cerradura correcta, el interruptor estaba donde tenía que estar, un leve parpadeo y lo veo todo delante de mí: dos lámparas de pie iluminaban una gran habitación, con un juego de butacas y, en la pared de enfrente, una larga mesa de comedor rodeada de sillas. Pago al taxista, al parecer a satisfacción suya, con ese dinero inusual, que por suerte ya había cambiado en Berlín antes de tomar el avión, le di las gracias como correspondía y recibí, como era de rigor, la respuesta: You are welcome, madam.

Inspeccioné mi apartamento: aparte de esa gran sala de estar, una cocina contigua, dos dormitorios, dos baños. Qué derroche. Aquí podría vivir cómodamente una familia de cuatro personas, pensé aquella primera noche, después me habitué a aquel lujo. Sobre la mesa había un saludo de bienvenida de una tal Alice, debía de ser la colaboradora del CENTER que había firmado las cartas de invitación, y ella era sin duda también la que me había

---

\* ... segundo piso, habitación diecisiete, la gerente del MS. VICTORIA le desea una buena noche.

puesto previsoramente en la cocina pan, mantequilla, varias bebidas. Lo probé todo, tenía un sabor curioso.

Me dije a mí misma que allí de donde yo venía ya era por la mañana, que podía llamar por teléfono sin sacar a nadie del sueño. Tras varios intentos fallidos, en los que diversos overseas operators se ocuparon de mí, conseguí manejar con los números correctos el teléfono que había en la diminuta cabina contigua a la puerta de entrada, oí, más allá del murmullo del océano, la voz familiar. Fue la primera de las cien conversaciones telefónicas con Berlín en los nueve meses siguientes, dije que había aterrizado, pues, en el otro lado de la esfera terrestre. No dije lo que yo me estaba preguntando, que qué finalidad tenía aquello. Añadí que estaba muy cansada, y lo estaba en efecto, un cansancio extraño. Busqué ropa de dormir en una de las maletas, me lavé la cara y las manos, me acosté en la cama demasiado ancha, demasiado blanda, y tardé mucho en dormirme. Por la mañana me desperté de un sueño matinal y oí decir a una voz: El tiempo hace lo que puede. El tiempo pasa.

Ésas fueron las primeras frases que escribí en el gran cuaderno rayado que había traído previsoramente y que coloqué sobre el lado estrecho de la larga mesa, y muy pronto quedó lleno de mis apuntes, en los que ahora puedo apoyarme. Entre tanto pasaba el tiempo, como me lo había comunicado lacónicamente mi sueño, ha sido y es uno de los fenómenos más enigmáticos que conozco y que, cuanta más edad tengo, tanto menos comprendo. Que el haz de pensamientos pueda penetrar, hacia delante y hacia atrás, los estratos del tiempo lo veo como un milagro, y el contar participa de ese milagro porque de otra manera, sin la facultad bienhechora de contar, no habríamos sobrevivido y no podríamos sobrevivir.

Por ejemplo, uno puede reflexionar fugazmente sobre estos pensamientos y al mismo tiempo hojear la pila de papeles que encontré por la mañana sobre la mesa de mi apartamento, una «First day survival information» del CENTER para todos los recién llegados. Vienen allí indicados los mercados de comestibles, coffeeshops y farmacias más próximos. Está descrito cómo se llega al CENTER, también se señalan las reglas conforme a las que allí se trabaja y, naturalmente, se indica su conexión telefónica, con servicio día y noche. Se recomiendan restaurantes y bares, pero también librerías, bibliotecas, rutas turísticas, museos, parques de atracciones y guías urbanas, y de modo especial se encarecen, a quien llega por primera vez sin idea de nada, las reglas de comportamiento en caso de terremoto. Tomé escrupulosamente nota de todo ello, repasé también la lista de los becarios de diversos países que serían mis compañeros durante los seis meses siguientes, que pasarían a formar parte de una simpática comuna y que, entretanto, se han dispersado por el mundo, es decir, han regresado a sus países de origen.

Fue después de mi estancia cuando se produjo un fuerte terremoto en la ciudad, para la que es una constante amenaza la falla de San Andrés, que pasa por debajo de ella y desplaza y hace chocar entre sí grandes masas de tierra. Si me hubieran mostrado una imagen del mundo de hoy, no habría dado crédito a esa imagen, aunque mis visiones de futuro ya eran bastante lóbregas. El resto de ingenuidad que yo debía de poseer aún en aquel entonces lo he perdido. Me ha quedado un propósito que es difícil de llevar a cabo, que permanece incumplido y por eso persiste: perseguir la huella del dolor.

Sobre eso he hablado después a menudo con Peter Gutman, pero yo no lo conocía aún aquella mañana, él sería uno de los úl-

timos compañeros que conocería, eso nos hizo reír a menudo después. Se reía mucho en la lounge del CENTER, cuando nos reuníamos allí tomando el té y las galletas que Jasmine, la más joven de las dos secretarias del office, nos tenía preparados puntualmente a las once de la mañana y a las cuatro de la tarde, así como también los periódicos de todos los países de los que veníamos, norteamericanos, claro, pero también italianos, franceses, alemanes, suizos, austriacos, incluso rusos, aunque no había ningún ruso entre nosotros, todos metidos en listones de madera como en los cafés vieneses, todos con uno o dos días de retraso, lo cual nos procuraba una bienhechora distancia de las noticias, por lo general poco agradables, que ellos nos aportaban y que a veces nos leíamos unos a otros horrorizados, como si tuviéramos que participar en un concurso sobre qué país se hallaba en una situación más desconsoladora.

No creo que me equivoque si digo que yo atraía más miradas de curiosidad que ningún otro de nuestro grupo. No sólo porque era la de más edad, a eso tuve que acostumbrarme, era mi lugar de origen el que me garantizaba una posición especial. Nadie tenía tan poco tacto como para hacerme preguntas directas, pero sí les habría gustado saber cómo se sentía una que venía directamente de un Estado desaparecido.

La luz matinal entraba cada día en mi dormitorio por la ventana enrejada, filtrada por una enredadera que subía pegada a la pared del MS. VICTORIA y que había llegado en parte a mi ventana. Mis sueños mañaneros me hacían llegar palabras que yo anotaba después: «Funesto», leo, sacado de un contexto perdido. Primero en la cama, luego sentada al borde de la cama, realizaba los ejercicios de gimnasia que yo me había prescrito porque, sola en aquel lejano y desconocido país, no debía caer enferma ni perder

la movilidad, después, en el baño más pequeño por el que me había decidido, me puse bajo la ducha, que, contrariamente a la costumbre europea, tenía la alcachofa fijada en la pared, de forma que se necesitaba una técnica especial para mojar todas las partes del cuerpo. El desayuno, que acompañé con la música para mí ininteligible y las noticias para mí ininteligibles de la emisora local de Los Ángeles, lo compuse echando mano, con gestos ya habituales, de elementos en parte no habituales, muffins, sí por qué no, una curiosa mezcla de müsli, y el zumo de naranja que, tras varias compras fallidas, me pareció más de fiar, sólo con el café hube de seguir experimentando, tenía que encontrar a alguien que conociera el gusto de los Germans en cuanto a café y que entre las docenas de botes que había en PAVILIONS me recomendara la marca que más se aproximaba a ese gusto. (En la República Democrática Alemana casi se produjo un motín en una ocasión en que el gobierno, para multiplicar los costosos granos de café «auténtico», presentó a la población una mezcla imbebible, que sin embargo, cuando en las empresas las protestas llegaron casi a la amenaza de huelga, retiraron a toda prisa de la circulación.) Bill, que había vivido en mi apartamento antes que yo y había encontrado alojamiento en casa de un amigo, me legó diversas exóticas mezclas de especias y una considerable batería de botellas: aceite de oliva, vinagre balsámico, buen whisky y vinos californianos. En el último día que pasó en la ciudad vino conmigo a cenar a un restaurante italiano del Second Street y me inició afectuosa e irónicamente en los usos del viejo MS. VICTORIA y en los del joven CENTER. Lo enojoso es, dijo, que en ningún sitio puedes trabajar mejor sobre la historia de good old Europe que aquí en el Nuevo Mundo. Coleccionan con obsesión todo lo que se refiere al viejo continente como si, caso de que Europa llegase a

desaparecer debido a bombas atómicas o a otras catástrofes, ellos quisieran tener aquí preparada por si acaso una copia de ella. Bill trabajaba sobre la historia del catolicismo en España y Francia y me calculaba los miles de víctimas humanas que habían causado en esos países las diferentes oleadas cristianizadoras. En cada colonización, dijo, lo primero era eliminar la religión, la fe de los sometidos, para quitarles su identidad. Además, esto suena quizás a poco veraz, los conquistadores, por un complejo de inferioridad incrustado en lo más hondo, tenían necesidad imperiosa de acreditar como superiores no sólo sus armas, no sólo sus mercancías, sino también el mundo de su fe y de sus ideas. Pero eso lo sé, había dicho yo, y Bill, el inglés, me había mirado inquisitivamente: ¿Vosotros estáis pasando ahora por esa experiencia, no? No insistió en recibir respuesta. A veces, cuando yo bebía un vaso de vino de sus existencias, brindaba mentalmente con él.

Así pues, muchas mañanas me puse en camino a través del florido jardín delantero del MS. VICTORIA, que estaba provisto de plantas exóticas y en cuyo centro había un círculo con un pequeño naranjo, cuyas naranjas amargas yo veía madurar. Allí los coches, de extraordinaria amplitud, se aproximaban con gran cautela a los cruces, se detenían educadamente incluso si no había ningún semáforo que permitiera con su monigote verde WALK a los peatones, se mecían suavemente en su suspensión, conductoras amables, bien vestidas y cuidadosamente peinadas, o elegantes conductores de trajes oscuros, corbatas y cuellos de camisa, daban la preferencia a la peatona, con indolentes movimientos de manos, yo atravesaba sin prisas la California Avenue, ¿percibía aún los árboles que, al borde de la calzada, florecían en intenso rojo en noviembre, diciembre? Ese año me vi liberada, pero también privada, del follaje de otoño, de los días nebulosos y grises. ¿Los echaba ya de menos?

En todo momento puedo hacer surgir ante mi mirada interior el CENTER, en aquella época un edificio funcional de varias plantas para oficinas que, entretanto, ya fue sustituido hace tiempo por un espectacular grupo posmoderno de edificios en la parte alta de la ciudad. Así pues, una amplia escalinata exterior, que asciende hasta una serie de columnas por las que me veía acercarme cada día a las enormes puertas batientes de espejeante cristal. De seis puertas posibles elegía siempre la misma, entraba en el extenso vestíbulo, donde día tras día estaba siempre en el mismo puesto el mismo hombre, portero o guardián, el cual saludaba a las visitas de su preferencia con el brazo derecho extendido y un familiar chasquido de dedos, y también recorría con su vigilante mirada el vasto hall de ventanillas del First Federal Bank, en el que venía a convertirse el vestíbulo por la parte derecha. El banco, por cierto, al que yo había confiado ya varias veces mi cheque de cada dos semanas y que me daba las gracias de palabra y por escrito por esa muestra de confianza, pero que, por su parte, había mostrado fiarse poco de mi seriedad económica; porque yo todavía seguía echando de menos la ATM-Card que me pondría en situación de sacar del cajero automático dinero contante y sonante, y eso era un hecho que cada vez ponía tristísimas a las señoras de las ventanillas, quienes no dejaban de asegurarme que todo se arreglaría, mientras que en mí tomaba cuerpo la sospecha de que ellas o sus invisibles jefes aplazaban la entrega de ese importante documento porque antes querían convencerse de que el estado de la cuenta de aquella clienta aumentaba, aunque fuese escasamente, al menos de un modo continuo, y no corría peligro de sufrir un súbito colapso. A veces todavía me daban ataques de risa cuando consideraba qué diferentes eran los motivos que tenían para desconfiar de mi persona las diferentes formaciones sociales en las que había vivido y vivía.